



REUTERS / CARLOS GARCIA RAWLINS

Causas y soluciones

Política económica para superar el hambre

Pedro Trigo, s.j.*

La pregunta que vamos a responder es ¿por qué en nuestro país hay hambre generalizada? ¿Por qué escasean tanto los alimentos y fuera de lo poco que se vende regulado la mayoría no tiene dinero para comprarlos?

Lo primero que tenemos que destacar es lo insólito de esta situación en la Venezuela moderna que, con el apoyo de la renta petrolera, pero también con un plan sistemático de capacitación y de servicios a la altura del tiempo y con estímulos a las empresas, logró sustituir gran parte de lo que se importaba, alcanzó la suficiencia y llegó a la abundancia compartida, aunque obviamente la distribución no fuera igualitaria. Como dijo alguien en estos días en un autobús de Los Magallanes en el que la gente se estaba desahogando de la penuria en que se encontraba: “Es que éramos ricos y no lo sabíamos”. Todos se sintieron reconocidos en esa constatación y se quedaron todavía más dolidos de cómo hemos podido bajar tan lastimosamente.

La constatación es más irritante si consideramos que este Gobierno ha dispuesto de mucho más del doble de todas las divisas con las que contó la democracia, que comenzó con una crisis muy severa que ocasionó la devaluación del bolívar (de 3,40 a 4,30) y se mantuvo con bajos precios de petróleo hasta el gobierno de Carlos Andrés Pérez (1975-1979).

POR QUÉ TENEMOS HAMBRE: CAUSAS DE ECONOMÍA POLÍTICA

¿Por qué tenemos hambre generalizada, hambre que llega a matar de inanición, de enfermedades de pobres y de desolación e impotencia?

Hay cuatro causas que se refuerzan mutuamente. La primera pertenece a la economía política: es la deriva estatista del Gobierno que desechó a la empresa privada. La segunda constituye una intromisión política de los actores económicos: es el paro patronal, que confirmó al presidente en la convicción de que la guerra a la empresa iba a ser a muerte. La tercera es una apreciación económica errada que motiva una visión equivocada de la economía política: es la convicción del comandante de que el socialismo del siglo XXI se diferenciaba de los anteriores en que el problema fundamental de nuestro país no era la explotación, sino la distribución de la renta y por eso caracterizó a su socialismo de rentista. La cuarta es una decisión política de hondas repercusiones económicas: es la inoperancia del Estado debida a que el Gobierno pone en los puestos de dirección y tendencialmente en los demás a sus adictos y no a los de competencia probada.

ESTADO PRODUCTOR Y FIN DE LA EMPRESA PRIVADA

La primera causa constituye una verdadera tragedia porque el comandante compró la idea del fin de la empresa privada y del Estado productor, primero a los ideólogos de la universidad que no se habían renovado ni habían querido abrirse a la realidad porque vivían cómodamente subsidiados en su claustro universitario, y luego a Fidel Castro, de quien llegó a sentirse hijo y heredero. Es una tragedia porque desde la URSS a China o Vietnam, pasando por los países europeos del este y llegando a Cuba, la historia había comprobado la inoperancia del modelo que sacrificó la libertad por la igualdad y al fracasar en la productividad no logró la igualdad e implosionó. En ninguno de estos países los gobiernos comunistas fueron sacados a la fuerza: simplemente cayeron como un castillo de naipes, víctimas de su inconsistencia. Iniciar un camino que se sabe que lleva al fracaso, prevalido de la fascinación de su carisma y del *boom* petrolero, es para Venezuela una verdadera tragedia y Chávez es el principal culpable. Negarse a reconocer que en Cuba la gente pasa hambre crónica y que el Estado no es capaz de satisfacer esa necesidad primaria, no hay derecho y por tanto vuelve ilegítimo al régimen que se afina en ese esquema en contra de la realidad.

PARO PATRONAL, QUE DESEMBOCÓ EN EL GOLPE DE ESTADO

Ahora bien, esta ideologización antihistórica fue reforzada por la segunda razón que es el paro patronal, que desembocó en el golpe de Estado, ambos antidemocráticos y por eso injustificables. Ellos dieron una razón adicional al comandante para descartar a la empresa privada:

pretendió tumbarlo. Esa fue la razón que dio a Evo Morales que, al menos por dos veces le instó a que se decantara por la empresa privada, en el sentido de la burguesía nacional, en vez de aliarse, como hizo, con las transnacionales, es decir, hablando en la misma clave, con el imperialismo. La empresa privada y muy señaladamente los medios de comunicación y sobre todo las dos plantas de televisión tienen que asumir su responsabilidad. La empresa tenía que haberse atenido a su papel económico y no podía jugar como actor político. Su indudable peso político tenía que jugarlo políticamente y no desde la esfera económica. Ahora bien, eso no quita la responsabilidad del presidente de no dar su brazo a torcer, cuando tenía que hacerlo y el incidente del golpe era obvio que ya había pasado.

SOCIALISMO RENTISTA

La tercera razón es tan inconsistente como las anteriores, aunque de buenas a primeras parece tener algunos visos de verdad: es la potenciación que da al Estado ser el administrador de la cuantiosa renta petrolera. Ahora bien esa potenciación, aun dentro del esquema estatista, podría haber desembocado en una tremenda inversión, tanto en la propia empresa petrolera como en otras con ventajas comparativas, para demostrar que el socialismo favorece un mayor desarrollo. Sin embargo, en vez de ese camino de la producción y la productividad, se interesó porque no hubiera explotación y en gran medida el país pudiera vivir de la renta petrolera, y no menos en gastar desafortadamente en propaganda de su modelo y en comprar lealtades en el pueblo y en otros países, al estilo del más rancio populismo.

Como nunca había trabajado en una empresa productiva, no cayó en cuenta del carácter formativo, humanizador, del trabajo productivo; más aún, de lo insustituible que es el trabajo para llegar a ser adultos y también para ejercer la responsabilidad con la sociedad. Un país de rentistas es un país adolescente, un país sin sentido de realidad, sin densidad humana, sin solidaridad social, dependiente e irresponsable.

El problema para el país y sus habitantes no es solo tener alimentos y medicinas y todo lo necesario; el problema es llegar a producirlos, llegar a ser solventes, de manera que cada uno por sí mismo pueda adquirir lo necesario y, si trabaja muy cualificadamente, incluso lo conveniente.

Paradójicamente el rentismo es la negación frontal del socialismo, al menos del autotitulado científico, que nace como una fase ulterior en la dialéctica que había llevado a los burgueses a emanciparse de los nobles; ahora los obreros más especializados, como poseían el secreto de las máquinas y de la organización, podían llevar las fábricas y hacían que los capitalistas fueran

meros rentistas prescindibles. Por eso Marx insistía que el socialismo solo era posible en Alemania y en Inglaterra, países en los que existía una masa crítica de tales obreros. Como se ve, desde el punto de vista de sus fautores, un socialismo rentista es un círculo cuadrado.

Chávez buscó evitar en lo posible la explotación; pero no llegó a asumir que el ser humano es creado creador y que no actuar esta dimensión productiva lo empequeñece. El mínimo aceptable de la dialéctica es que sin un esfuerzo muy denodado para superar las propias negatividades y adquirir las positividads de los demás, no es posible tomar las riendas de sí y de una sociedad. Esa búsqueda de la superación hasta alcanzar la excelencia ha estado ausente en el proyecto chavista; un proyecto, lastimosamente, rentista, subsidiado, dependiente.

INEFICIENCIA CRÓNICA POR GOBERNAR CON ADEPTOS

La cuarta razón es la más inconsistente y culpable. Poner en la administración del Estado adeptos y no personal adecuado a sus funciones implica la absolutización del poder y la relativización de las tareas que tiene que cumplir cada dependencia del Estado. La presunción irresponsable de que con esa lógica tan ilógica no habría fracaso se debía a contar con el colchón petrolero, un colchón que se suponía constante e incluso creciente y que supliría cualquier deficiencia. En

definitiva todo se arreglaría “a rialazos”. Como se ve, hay un contubernio entre la absolutización de la determinación de conservar el poder y la magia de la renta petrolera que allanaría cualquier obstáculo y que tataría todas las grietas.

Esta falta de racionalidad en la administración pública, esa ausencia de rigor en presentar metas, recursos y estrategias definidas y personal idóneo para llevarlas a cabo y controles claros y responsabilidades administrativas e incluso penales, provocó la corrupción sistemática e impune.

Con este esquema viciado el Estado no solo no cumple con sus deberes mínimos de proporcionar seguridad a los ciudadanos y a sus bienes, de lograr un sistema de salud a la altura del tiempo de manera que no haya más enfermedades que las derivadas de la morbilidad humana, de lograr un sistema educativo que capacite a los ciudadanos a trabajar técnicamente con toda solvencia, sino que la carga que el Estado se echó irresponsablemente a los hombros, de las empresas incautadas y más aún robadas, es un peso muerto porque no funcionan en absoluto o funcionan tan deficientemente que son una carga más para el Estado. Así pues, no hay alimentos porque el Estado “ni lava ni presta la batea”: impide que otros produzcan y él no es capaz de producir. Pero además no hay alimentos porque la mayoría del dinero que hubiera podido emplearse para importarlos se lo roban impunemente.



AP

CAMINOS DE SUPERACIÓN EN LA POLÍTICA ECONÓMICA

Si estas son las causas estructurales del hambre, están claros los caminos para superarlas:

RECONOCIMIENTO A LA EMPRESA PRIVADA CON RESPONSABILIDAD SOCIAL

En primer lugar, el Estado tiene que reconocer el derecho constitucional que tiene la empresa privada de existir y de desarrollarse con seguridad jurídica. Las garantías tienen que ser taxativas. Como también tiene que custodiar el deber de la empresa de contribuir con responsabilidad social al bien común, lo que requiere que las relaciones con los proveedores, los empleados y los clientes sean simbióticas y no busquen simplemente la maximización de la ganancia a costa de ellos. El Estado tiene que se restablezca el camino y colaborar para que se restablezca el circuito económico. Una condición imprescindible es la unificación cambiaria al cambio real de manera que no se subvalúe y favorezca al Gobierno, a quien le entran la mayor parte de la divisas, ni se sobrevalúe con lo que se favorezcan las importaciones y se dificulte la sobrevivencia de la empresa privada, sino que con un cambio paritario se estimule la competitividad.

EMPRESAS PRODUCTIVAS QUE NO HACEN POLÍTICA

En segundo lugar la empresa privada tiene que jugar su juego con lealtad, no con una lógica corporativa que se absolutiza a sí misma, a sus intereses y sus ganancias. Quiere decir que quedan excluidos los *lobbies* para conseguir ventajas fuera del mercado abierto. Así como los acuerdos entre empresas para fijar precios mínimos de los productos y el precio del trabajo. Las empresas tienen que aumentar su productividad, que no es lo mismo que su rentabilidad. Y tienen que asumir riesgos; no pueden pretender una sobreprotección.

ESTADO QUE ESTIMULA LA PRODUCTIVIDAD Y REHÚYE EL CLIENTELISMO

En tercer lugar el Estado tiene que ser solvente en todo lo que administra, y estimular la productividad de las empresas y de los ciudadanos. A eso tiene que dedicar la renta petrolera: en primer lugar poner a valer a PDV, podándola de todo lo que no le concierne e implantando en ella la meritocracia; en segundo lugar, incentivando las empresas en los ramos en que tenemos ventajas comparativas; en tercer lugar, haciendo un fondo dedicado a formar un capital básico para una seguridad social a la altura del tiempo que abarque también a la clase media, y para salvaguardar la estabilidad económica defendiéndonos de los altibajos de los precios del petróleo y en orden a cambiar de modelo cuando así lo exija la necesidad de salvar el equilibrio ecológico.

Tiene que eliminarse todo tipo de rentismo y poner a la sociedad en trance de producir a todos los niveles, cultivando la excelencia, sin que eso implique por otro lado vivir para trabajar, lo que significaría perder esa capacidad de vivir la polifonía de la vida que hasta ahora nos ha caracterizado porque la hemos cultivado asiduamente.

Ahora bien, así como el Estado debe velar porque la sociedad aumente incesantemente la productividad, también debe velar porque esta no se confunda con la rentabilidad, obtenida por la sobreexplotación de la mano de obra y por ventajas obtenidas del Estado. La productividad nace de la mejor organización de la empresa y de la creación de una verdadera comunidad de trabajo en la que se imponga la emulación positiva, que es una tendencia de nuestra cultura y que nada tiene que ver con meras técnicas de las llamadas relaciones humanas, que nada tienen de humanas y que por eso la gente sabiamente no entra al juego, porque sabe que es tramposo.

ESTADO EFICIENTE, TRASPARENTE Y RESPONSABLE

En cuarto lugar hay que distinguir cuidadosamente entre el Estado y el gobierno, y lograr que el Estado sea lo más independiente posible del gobierno y que se atenga al método de concurso de méritos y oposiciones para las plazas y a controles periódicos de la calidad del desempeño para aumentos de sueldos y ascensos. El gobierno no tiene que tener la potestad de quitar y poner funcionarios a su arbitrio. Tienen que darse causas y procedimientos protocolizados que no pueden saltarse. El gobierno tiene que velar porque todo esto sea efectivo y transparente y porque la burocracia no se corporatice, a lo que tiende cuando se deja a sí misma. Pero la contraloría principal tiene que venir de los usuarios y de la opinión pública.

El fin del gobierno no puede ser conservarse en el poder, aunque esa pretensión es legítima en cuanto aspira a convalidarse por el éxito de su gestión y la aprobación de los ciudadanos. Teniendo en cuenta, sin embargo, que a veces hay que tomar medidas impopulares, que los dirigentes deben hacer ver su pertinencia y los inconvenientes graves de no tomarlas.

Hay que lograr un gran acuerdo nacional en torno a la comprensión de la crisis y las medidas a tomar, y la ciudadanía tiene que adensarse en el trabajo para conseguirlo, de manera que esté en capacidad para velar por su cumplimiento.

*Miembro del Consejo de Redacción de SIC.